

ARTÍCULO CIENTIFICO

Cultura, Medio Ambiente y Sociología: polémicas inconclusas sobre una relación.

Culture, Environment and Sociology: inconclusive arguments about a relationship.

Lic. Yolaida Duharte López

Licenciada en Sociología

Maestrante, Programa FLACSO-Cuba

Investigadora

Instituto Cubano de Investigación Cultural "Juan Marinello"

ydl.spica09@gmail.com

Fecha de enviado: 21/11/2013

Fecha de aceptado: 26/11/2013

RESUMEN: El siguiente artículo desarrolla el diálogo entre autores que han abordado la relación cultura-medio ambiente, así como el debate que se ha producido sobre las ciencias que estudian dicha temática, con énfasis en el análisis integrador y metodológicamente diverso que ofrece la Sociología. Ningunos de los argumentos constituyen tesis absolutas o conclusivas sino el recorrido crítico de una problemática compleja con no pocos referentes teóricos y empíricos, pero todavía insuficientes.

PALABRAS CLAVE: cultura, medio ambiente, sociología, desarrollo.

ABSTRACT: This article develops a dialogue between authors who have addressed the culture-environment relationship, and the debate that has occurred on the sciences that study this issue, focusing on the integrative analysis and methodologically diverse that offers the Sociology. None of the arguments are absolute or conclusive but the critical path of a complex problem with no little theoretical and empirical referents, but still insufficient.

KEYWORDS: culture, environment, sociology, development.

No fue hasta mediados los años 90 que se consolidó la unificación de los asuntos económicos y sociales en la elaboración de políticas y programas para el desarrollo. Organizaciones como la ONU y la UNESCO se pronunciaron al respecto y se empezó a tener en cuenta lo que en la actualidad es un tema medular en las conceptualizaciones sobre el tema: el ser humano. Nuevas tesis del desarrollo surgieron considerando otros universos de investigación: el hombre, el medio ambiente, la comunidad y la sociedad. Dichos temas ocuparon su lugar y se convirtieron en dimensiones del desarrollo.

En la búsqueda de vías para un mayor uso racional de los recursos naturales y el logro del bienestar social, surgieron conceptos como desarrollo sostenible¹ y desarrollo humano, este último asumido por el PNUD en los años 90, enfocando de forma distinta las carencias humanas. Esta vez se tuvieron en cuenta las plenas capacidades del hombre para su proyección social, así como la distribución de los recursos para lograr una mayor equidad. Ambos conceptos constituyeron uno de los primeros pasos de avance a través de los cuales economistas, sociólogos y otros investigadores establecieron notables diferencias entre crecimiento económico y desarrollo, temas polémicos que se mantienen en el presente siglo.

Otro de los procesos que ha suscitado extensos debates al relacionarse con el desarrollo y sus dimensiones es la cultura², no siempre considerada como fundamental en los discursos. Esta ha sido objeto de estudio de diferentes ciencias y ha pasado por varias fases de interpretación, incluyendo concepciones establecidas por las teorías del

desarrollo que, en general, padecieron del mal del determinismo económico, sin pensar en los valores culturales como indicadores de referencia para el bienestar, lo que influyó en el trato dado a los grupos sociales, más como usuarios que como sujetos activos de su propio desarrollo.

Las antiguas recetas trajeron pobreza, desigualdad, recrudescimiento de las condiciones medioambientales, desaparición de las culturas, surgimiento de desavenencias entre naciones, situaciones de peligro o negación de la seguridad y libertad humanas. Se promovieron altos niveles de consumo y era visible una mala distribución de los recursos existentes, además de las altas tasas de desempleo. La experiencia demostró que había que trascender lo económico, aunque sin despreciarlo.

Con la introducción del concepto de desarrollo humano sostenible se amplió la noción que se tenía del desarrollo, ahora visto desde una perspectiva más compleja e integral. Se dejaba atrás su tratamiento como un proceso uniforme y lineal o un mismo camino a transitar, y aparecen reflejados en las nuevas teorizaciones otros aspectos de la vida social. Fue uno de los sucesos más importantes en la comprensión de la cultura como un valor intrínseco a los procesos de desarrollo. Aunque en la conceptualización del mismo sí contenía – en esencia- la temática cultural, realmente no aparece una definición exacta de esta y es insuficiente el tratamiento que de ella se hace en diferentes documentos rectores.

Por ejemplo, en ninguno de los informes elaborados por el PNUD hasta el año 2004³ se atendió de manera diferenciada el tema de la cultura. Aunque desde el principio se habló de sustentar cualquier reforma en los valores

autóctonos y culturales, en el informe de 1991 que trata la financiación del desarrollo humano y la realización de un nuevo pacto internacional, no incluyeron en los objetivos propuestos el tema cultural. Aun cuando hacen tanto hincapié en medir los fines antes de pensar en los medios, el no introducir dicha temática, condiciona que las necesidades de recursos expuestas tampoco incluyan recursos humanos y culturales para establecer el pacto. En el Informe de 1996 por primera vez el PNUD hace referencia a la cultura y, aunque se incluyen ciertos elementos, la gama de significados, creencias, tradiciones y costumbres que contempla la cultura es sometida a un marco muy estrecho, solo visto desde el modo de vida. Además, el tratamiento dado dentro de la *cooperación* como una de las dimensiones del desarrollo cedió al carácter instrumental que a veces se asume. Se entendió la vida en comunidad como una fuente de bienestar, placer y sentido, y donde vivir bien y cooperar es una vía de enriquecimiento recíproco y aumento de opciones individuales. No es que sean argumentos alejados de la realidad ni considerados como falsos, pero desestiman otros valores intrínsecos a la cultura susceptibles de ser estudiados como parte integrante y eje transversal del desarrollo humano.

Por otro lado, una de las mayores presiones mundiales que afecta y recrudece la situación de los pobres es la degradación ambiental. La escasez de recursos naturales condiciona todos los aspectos que lo componen, el resto de las dimensiones se ven afectadas y es más vulnerable la posible perpetuidad de las acciones que se cometan. Sin embargo, la mayoría de los informes del PNUD sobre Desarrollo Humano, aun cuando tienen muy en cuenta los efectos inmediatos del cambio

climático y la urgencia de trabajar en función de mitigar los mismos, hay un elemento que casi siempre obvian y no lo contemplan entre las posibles soluciones: la dimensión cultural. En el informe de 2007-2008, a la hora de proponer estrategias, hacen referencia todo el tiempo a los mismos cambios que pueden hacer los gobiernos en la reducción de CO₂: cálculos, precios por emisiones, aplicación de impuestos, fijación de límites y máximos, normas regulatorias en el transporte, políticas energéticas, entre otros. Ninguno de ellos se refiere a la aplicación de técnicas tradicionales de cuidado del medio ambiente, planes educativos para crear conciencia en la población, trabajo en las comunidades de acuerdo a sus características, etc. Todas ellas tendrían un fuerte carácter participativo y estarían más acordes a las necesidades y posibilidades de las regiones afectadas.

Otro de los resultados que refleja en este informe el olvido de los indicadores culturales son los efectos o riesgos para el desarrollo humano si continúa en ascenso el contexto que se vive del cambio climático. En este aspecto tampoco se refieren a las posibles consecuencias culturales que pueden producirse, ya sea afectaciones a la diversidad cultural, destrucción de lugares o centros culturales, pérdida del patrimonio, etc. En el informe todo el tiempo se habla de términos cuantificables o de intereses económicos, no despreciables, pero tampoco los únicos. Esta es una problemática generalizada en los informes de desarrollo humano, resultando complejo la inclusión de indicadores culturales en las dimensiones e índices de medición. Se han hecho esfuerzos para incorporarlos en el IDH que, integrados a las capacidades básicas, se plasmaron como una necesidad para alcanzar una vida creativa (PNUD, 1998:49). Esto se da

aparejado al reconocimiento de lo difícil de trabajar en un campo tan amplio como la cultura y sus múltiples representaciones a nivel mundial; un incremento de investigaciones y esfuerzos facilitarían la comprensión y construcción de un marco de referencia para integrar esta dimensión en dicho índice.

Sin embargo, hay autores que sí defendieron en sus escritos la relación cultura-medio ambiente, y entre los más destacados se encuentra Enrique Leff, célebre intelectual y teórico. Uno de sus libros *“Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable”* (Leff, 1986) constituye un alegato de defensa a estos temas. Aquí, al hacer una ferviente crítica a la racionalidad económica dominante y proponer un paradigma productivo alternativo – reconocido en los conceptos de productividad ecotecnológica y racionalidad ambiental⁴-, defiende el rescate, revalorización y mejora de técnicas tradicionales que, por mucho tiempo, quedaron en el olvido.

Leff, adelantado a los informes de Desarrollo Humano –en tiempo y en pensamiento-, concuerda en que los valores culturales no han sido considerados en los paradigmas dominantes de la economía y que “(...) es necesario definir la cultura como parte integral del patrimonio de recursos de los pueblos e incorporar las prácticas culturales de uso de los recursos a las estrategias de un desarrollo sustentable” (Leff, 1986:189). En otro momento también plantea:

“(...) la cultura se convierte en un principio activo en el desarrollo de las fuerzas productivas y de un paradigma alternativo de producción, en el que la innovación tecnológica y la productividad ecológica están entrelazadas con los procesos culturales que definen la productividad social global” (Leff, 1986:192).

Con estas ideas establece la relación ineludible entre la cultura y otros procesos que intervienen en la producción, viéndola más allá de la caracterización o costumbres de una comunidad, sino como determinante y componente esencial del desarrollo, como parte del sistema de recursos naturales. Confirma de que no tener en cuenta la cultura en cualquiera de los procesos del desarrollo es desechar por completo siglos de experiencia, conocimientos y saberes acumulados; es obviar los derechos de cientos de civilizaciones de expresarse, participar y organizarse según sus identidades particulares, así como se obvia las múltiples ventajas y razones más que acertadas para defender la diversidad cultural, en aras de enriquecer las vías para potenciar un desarrollo humano y sostenible. Condena la homogeneización de los valores productivos y culturales y reconoce los valores culturales de las diferentes sociedades como fuentes de motivación, creatividad e innovación, base de sus capacidades de cambio y adaptación, así como del potencial para incorporar la tecnología moderna a sus prácticas tradicionales. Además, revela lo mucho que todavía tienen que beber las tecnologías más modernas de los adelantos tecnológicos de las culturas prehispánicas e indígenas, tecnología hidráulica y agrícola desarrollada en grandes magnitudes que estuvieron adelantadas a su tiempo, teniendo en cuenta las condiciones y recursos que tenían, así como la efectividad de las mismas.

No obstante, en ocasiones el reconocido investigador representa a estas comunidades como muy primitivos y habla más de ellos por las ventajas que pueden traer sus opciones o alternativas culturales, hecho que no puede obviarse pero que debe ser articulado con otros procesos como el no llegar a imponer criterios

que aplasten o renieguen sus condiciones naturales. Hay que ir a la profundidad de sus características particulares y culturales, hay que ir más allá de lo agrícola, que aunque forma parte de la cultura, hay otros factores que determinan estas actividades; hay que ver sus formas de organización, redes de comunicación, alianzas ya establecidas, relaciones familiares y cosmovisión del mundo. Esta idea fue salvada un poco en posteriores análisis en el propio libro, pero todavía parece insuficiente, teniendo en cuenta de que esto no sucede solo con las culturas mesoamericanas o indígenas, sino con muchas otras culturas, las cuales deben ser igualmente respetadas, sean más “*tradicionales*” o más “*modernas*”, todas tienen el mismo derecho de expresar y compartir con otros sus ideas y valores. Por ello, las reflexiones deben extrapolarse, con un juicio crítico y contextualizado, a la sociedad contemporánea, donde cada vez más se cultiva la homogeneización desde la globalización neoliberal, imponiendo criterios “*universales*” o patrones de vida y de consumo generalmente ajenos a las realidades de muchos países, e incluso, lejanos las posibilidades reales de sostenibilidad en las grandes potencias que promueven estos esquemas.

Relacionado con este tema Leff hace algunos razonamientos que, a mi juicio, son de los más significativos en este texto, y es cuando establece un paralelismo o determinación social entre las tradiciones, ideologías y formaciones culturales de los pueblos, con sus prácticas sociales o productivas, las que, a su vez, también forman parte de esas expresiones culturales. Esto quiere decir que en dependencia de la cosmovisión y significaciones que le sean atribuidas a la naturaleza por estas comunidades, así estarán determinados el uso

y manejo de los recursos que la componen, lo que también irá estableciendo paulatinamente las pautas y comportamientos socio-económicos, biológicos y demográficos de estas sociedades. Por este motivo, para muchos es más fácil, o está más internalizado el cuidado de la naturaleza como un bien común, pues forma parte de su concepción del mundo. Es por ello que Leff hace un alto y reflexiona acertadamente sobre el término “*cultura ecológica*”. Plantea la necesidad de fomentarla, pensando en todos los niveles donde actúa la cultura y donde puede expresarse, ya sea desde los valores incorporados o a desarrollar en una sociedad, los preceptos teóricos que sirven de base a los procesos empíricos y por supuesto, en la práctica, donde se ponen de manifiesto estos valores y conocimientos adquiridos. Los mismos se expresan en el accionar de los diferentes grupos sociales, el Estado y la sociedad civil, ya sea mediante proyectos de gestión ambiental, la puesta en marcha de una política o acciones aisladas, pero participativas y en diferentes comunidades.

Sobre este acápite aparecen otros artículos que revelan puntos en común, como es el caso del escrito de Teresa Flores Bedregal quien, desde otros procesos relacionados con la cultura, defienden su papel en la transformación y conciencia social respecto al medio ambiente. En uno de sus artículos (Flores, 2002) se centra en demostrar la importancia de la Comunicación Ambiental en los procesos de desarrollo en Latinoamérica, el papel que desempeñan los medios y las investigaciones comunicológicas en el estado actual de la crisis, la cual ha dejado de ser un tema marginal para convertirse en centro de los debates internacionales.

Y es que cada vez se hace más evidente el poder de los medios para difundir conocimientos e influir en los comportamientos sociales, por lo que si se habla de crear conciencia y transmitir buenas prácticas –sean en el área medioambiental u otra-, constituye este un espacio que debe ser fortalecido. Como parte de los procesos culturales, y marcados por una fuerte interrelación, los modelos y estrategias comunicativas facilitan o entorpecen el trabajo de promover una educación ambiental en las sociedades, generalmente marcado por el modelo de desarrollo promovido en cada una de las naciones, y en consecuencia, sus estilos de vida, costumbres y tradiciones.

En su definición de Comunicación Ambiental se refleja muy bien la relación cultura-comunicación-desarrollo sostenible, destacando el papel educativo del proceso comunicativo, el cual influye y muchas veces determina la transformación o conformación de comportamientos sociales ante situaciones ambientales. Así lo declara:

“(...) la Comunicación Ambiental es un proceso de comunicación educativa, que no busca simplemente transmitir información y mensajes, sino de educar y formar al ciudadano a través de procesos comunicacionales sistemáticamente organizados que influyan en el cambio de actitudes, valores, prácticas y comportamientos (...)” (Flores, 2002:2).

Es así como, a través de un producto comunicativo, que a su vez constituye un producto cultural, se modifican los propios rasgos de esa sociedad, repercutiendo en la forma de trabajar por y con la naturaleza, lo que garantiza, a corto o largo plazo, la sostenibilidad de los modelos de desarrollo que se fomenten.

Otros elementos que reflejan la atención de la autora a la relación de los temas culturales con los problemas medioambientales, son los principios de la Comunicación Social que enuncia y explica en su artículo. En más de una ocasión refleja dicha relación e interdependencia, ya sea al abogar por la defensa de la diversidad cultural, el pensar globalmente y actuar localmente, el cambio a estilos de vida ambientalmente sanos, el respeto a la libertad de expresión y diversidad de opiniones, entre otros. Además, entiende a las culturas tradicionales como un medio para facilitar el desarrollo, nunca un impedimento para el mismo; involucrándolas en el diseño, planificación, implementación y evaluación de las políticas ambientales, se están eliminando barreras y falta de oportunidades a grupos poblacionales que también deben convertirse en verdaderos protagonistas de su desarrollo.

Otro caso es el de la investigadora cubana Margarita Hernández Garrido con su artículo *“Apuntes sobre la cultura ambiental y su pertinencia en las investigaciones sociales en Cuba”* (Hernández, 2009:124-142). En el mismo, al igual que Leff, la autora habla de la necesidad de promover una cultura ambiental, teniendo en cuenta la diversidad y la aprehensión de conocimientos tradicionales. Y es que la cultura adquiere también importancia por las enormes ventajas de ofrecer conocimientos, pautas de comportamiento y capacidades, con el objetivo de enriquecer y aprovechar todo el potencial humano. Es una de las vías más rápidas y eficientes de llegar al interior de las personas, adecuándose a sus estilos de vida y a sus formas de pensar, demostrando que es ese bienestar espiritual y material el fin y sentido del desarrollo.

Sin embargo, en su momento Leff hace la crítica al insuficiente desarrollo de indicadores

que contribuyan a medir o evaluar procesos relacionados con el uso racional de los recursos naturales y, por consecuencia, en la calidad de vida de las personas. En la actualidad, se han incrementado los esfuerzos por reconocer y reevaluar el papel del cuidado del medio ambiente, ante todo por los innegables efectos del cambio climático y, en primera instancia, el desregulado accionar del hombre sobre la naturaleza. Los Informes de Desarrollo Humano han incorporado paulatinamente indicadores relativos al medio ambiente, donde incluyen el suministro de energía primaria (combustibles fósiles y fuentes renovables), las emisiones de dióxido de carbono y el gas de efecto invernadero, el empleo de los recursos naturales (agotamiento, superficie forestal, extracción de agua dulce, especies amenazadas, superficie de tierras agrícolas), así como los posibles efectos teniendo en cuenta la cantidad de muertes por desastres naturales y la población que vive en tierras degradadas. Según se aprecia en estos indicadores, todos se refieren a índices estadísticos meramente cuantificables, y ¿dónde quedan aquellas acciones o actitudes gubernamentales, territoriales e individuales de corte más cualitativas que también influyen en el cuidado y conservación del medio ambiente? ¿Dónde encontrar indicadores que contribuyan a guiar la gestión ambiental de las naciones? ¿Cómo lograr discernir el estado real de la “conciencia o cultura ambiental”? Pues sí, resultan tan limitados los indicadores hasta ahora existentes como tan complejas son las mediciones subjetivas. Este fenómeno sucede de forma similar con los procesos culturales, reflexión ya abordada anteriormente.

Como forma de mitigar algunos de los problemas planteados –lo que no quiere decir que se resuelvan del todo–, Enrique Leff

propone la de racionalidad ambiental junto a un grupo de nuevos principios valorativos que, a su juicio, reorientarían el proceso de desarrollo. Considero que los mismos constituyen una antesala a los IDH elaborados en años posteriores, concordando en muchos puntos. Tanto la perspectiva del desarrollo humano defendida por el PNUD y otras organizaciones, como la categoría expuesta por Leff, tienen en cuenta la diversidad cultural, el desarrollo sustentable y equitativo, la creatividad para ampliar las libertades y oportunidades de las personas, el carácter participativo en la gestión de recursos y la toma de decisiones, la necesidad de mejorar la calidad ambiental para influir en la calidad de la población, la autonomía de los pueblos a desarrollarse según sus posibilidades y maneras propias de hacer, así como la visión de entender el crecimiento económico como elemento secundario y al ser humano como centro, no verlos como antagónicos y supeditados unos al otro, sino con el objetivo de encontrar un equilibrio o racionalidad que permita obtener indicadores positivos de desarrollo humano.

Por otro lado, y no menos importante, Leff se refiere no solo a elementos positivos de la relación objeto de reflexión en este trabajo, sino también a las limitaciones o aspectos negativos de la misma. En muchas ocasiones son apreciables efectos adversos de algunas formas de organización social y de producción, que aunque deben ser tenidas en cuenta e incorporadas a los procesos productivos más avanzados, no pueden quedarse estancadas y totalmente aisladas del desarrollo tecnológico, pues pueden retrasar la producción e impedir el propio desarrollo de las comunidades. También hay que considerar que cuando se impone una cultura dominante homogeneizadora, cultura que impone la racionalidad económica y deja a

un lado la ética ambiental y las culturas tradicionales, se evidencia un crecimiento cada vez más acelerado del consumo, comportamiento que prepondera la compra y uso desmesurado o ilimitado de recursos, así como la concentración de la abundancia, obviando las consecuencias para el medio ambiente y el bienestar general del resto de las personas. Se llegan a imponer valores que para nada tienen que ver con los principios éticos de comunidades tradicionales, la racionalidad ambiental y el desarrollo sustentable al que se aspira. Los procesos de colonización e imposición de paquetes tecnológicos han provocado el desalojo o migración forzosa de sus tierras a numerosas comunidades –y con ellas sus culturas-, destruyendo parte de sus historias, identidades y tradiciones.

Incluso, muchos de los problemas medioambientales que ponen en riesgo hoy en día la salud y reproducción de la especie humana, están mediados por factores culturales. Muchas veces son los países más pobres, que a su vez son las comunidades más discriminadas o los grupos sociales menos favorecidos, los que carecen de muchos de los derechos que garantizan su protección ante catástrofes naturales o al abastecimiento de recursos imprescindibles para sus vidas. Y es que, problemas como la escasez y contaminación de las aguas, por mencionar solo uno de estos problemas, limitan a poblaciones enteras de disfrutar de los beneficios o derechos que tiene todo ser humano: acceso a la educación y a la salud, recreación y tiempo libre, seguridad alimentaria, etc.

Asimismo, hasta el tratamiento que se le den a los problemas medioambientales, sus posibles soluciones o políticas, están en dependencia del modelo de desarrollo que impulse cada país y los rasgos culturales del

mismo. Un nación que promueva la cultura del consumismo y no el uso racional de los recursos naturales, que crea en el poder del capital y no en los derechos humanos, que negocie solo con el que más tiene o el que más le pague y no crea en la equidad o la solidaridad, no son entonces expresiones culturales defendibles en estos tiempos y mucho menos promotores de un desarrollo humano sostenible.

En relación a este aspecto del problema, Leff hace una crítica visible al modelo capitalista, donde el mercado constituye la ley fundamental y por él se rigen el resto de los principios, leyes y políticas de las naciones. Se pregunta si será posible mantener un sistema capitalista donde el interés por aumentar la productividad y generar más capital no conlleve a la sobre-explotación de los recursos naturales y con ello la destrucción o avasallamiento de grupos étnicos o sociedades enteras. Incluso habla de la posible existencia de otro orden económico mundial que proponga una estrategia de equilibrio entre ambos procesos: mecanismos económicos del mercado y los principios del desarrollo sustentable. También aconseja que ese proceso dialéctico complejo debe darse acompañado de mecanismos participativos, donde las naciones o comunidades implicadas realmente se involucren en la solución a los problemas o situaciones que se produzcan, viéndose representadas sus identidades culturales, intereses, preocupaciones y proposiciones creativas.

Después de dialogar en torno a la relación cultura-medio ambiente, es interesante y pertinente abordar el debate que se ha producido entre estos y otros autores en relación a las ciencias que deben y pueden trabajar esta temática, así como el recorrido hecho hasta el momento.

En su libro *“Ecología y capital. Racionalidad ambiental...”*, Enrique Leff alega:

“La complejidad del estudio de estos procesos históricos, del análisis de las formas concretas en las que las diferentes culturas se apropian su medio, requiere pues del concurso de la antropología y de la etnología, para especificar los procesos de conformación de los estilos étnicos de manejo y usufructo de sus recursos naturales, así como de su organización productiva y de las formas técnicas que asume el proceso de transformación de su ambiente” (Leff, 1986:178).

En este sentido me parece que la Antropología y la Etnología no constituyen exclusivas disciplinas capaces de tratar estos procesos, siendo las únicas expuestas por Leff en todo su escrito. La Sociología puede aportar muchos criterios y análisis necesarios sobre estos temas, puede ayudar a entender las consecuencias sociales, culturales, asociativas, comunicativas y hasta ambientales de los nuevos procesos productivos que se quieren incorporar a las organizaciones tradicionales, y viceversa, también puede contribuir a entender la influencia o grado de determinación de los patrones culturales ya establecidos en la incorporación efectiva o no de los medios más avanzados de producción. Las diferentes técnicas y métodos de investigación empleados en las investigaciones sociológicas permiten hacer un análisis holístico de los procesos, más integrador, incorporando incluso los métodos etnológicos y antropológicos, pero a su vez incluye otras herramientas que profundizan el estudio (investigación acción-participativa, entrevistas, encuestas, análisis de documentos y de contenido, observaciones, etc.). La Sociología de la Cultura es una de las especialidades desde la que se puede analizar,

la cual, además de tener incluido *per se* las diferentes metodologías investigativas, también incorpora el necesario estudio del fenómeno o proceso desde sus actores, nunca separados de las personas que intervienen en él, los afectados o beneficiados por las transformaciones que se quieran efectuar. Esto quiere decir que siempre se buscará incorporar a los individuos, quien al fin y al cabo constituyen los protagonistas de las acciones, quienes ejecutan y a quienes afectan.

Margarita Hernández, en su artículo ya citado, concuerda con la anterior reflexión. A diferencia de Leff, la autora tiene en cuenta a la Sociología como ciencia facilitadora del estudio de los procesos ambientales y su impacto social, así como la relación cultura-medio ambiente. Demuestra la necesidad de la perspectiva sociológica y en particular la Sociología de la Cultura a la hora de percibir cómo se han conformado históricamente patrones culturales referidos al ambiente, la determinación de unos sobre otros, el papel de las instituciones en ello y su implicación para el desarrollo. Defiende a la Sociología como ciencia capaz de establecer y estudiar ampliamente estas relaciones, desarrollar investigaciones y proponer soluciones. Aun cuando se refiere especialmente en su artículo a la *“cultura ambiental”*, destaca que muchos otros temas o procesos pueden ser abordados sociológicamente. No obstante, reconoce la escasez de investigaciones realizadas sobre este tema en dicha especialidad, sobre todo en Cuba, donde ha sido trabajada más desde lo empírico o vivencial y no tanto en estudios teóricos, limitada en parte por la *“(...) reducción de los aspectos ambientales al campo de las ciencias naturales y las prioridades de instituciones y organizaciones políticas en las investigaciones sociales, siendo esta última la*

condicionante del carácter ideológico que envolvió el desarrollo histórico de dicha ciencia" (Hernández, 2009: 125).

Teresa F. Bedregal, en su artículo sobre la comunicación para el Desarrollo Sostenible, hace una crítica desde el inicio al espacio poco privilegiado que ha ocupado los temas ambientales en las investigaciones de esta disciplina, más volcados a la Sociología de la Comunicación, los estudios culturales, las mediaciones o la publicidad. Demanda la necesidad de complementar los estudios de Comunicación para el Desarrollo con enfoques teórico-metodológicos planteados por la Educación y la Comunicación Ambiental, y también defiende lo vital de tener en cuenta las características base de la población a la cual se le pretende difundir el producto comunicativo, nunca haciéndolo igual al difundido en otros espacios, pues casi siempre constituyen culturas nada homogéneas y que demandan la realización de productos que respeten y sean cercanos a su idiosincrasia (Flores, 2002:3). Esa es otra de las áreas en las que pueden aportar la Sociología –aunque no fue referida por la autora-, si de hacer trabajos interdisciplinarios se habla, cumpliendo con el principio de primero estudiar al grupo meta antes de promover o llevar a cabo transformaciones sociales, contribuyendo así al desarrollo efectivo y contextualizado de los bienes comunicativos.

A pesar de la ausencia de esta ciencia en el primer escrito de Leff mencionado, aparece otro artículo titulado *"Sustentabilidad y racionalidad ambiental: hacia 'otro' programa de sociología ambiental"* que bien pudiera considerarse una fase superior en su pensamiento o una reconsideración en el estudio de las ciencias sociales que pueden aportar al análisis de los procesos ambientales.

El primero, escrito en 1986, todavía no se habían ni publicados los Informes de Desarrollo Humano y la Sociología padecía del determinismo metodológico de las ciencias naturales. El segundo, y ahora enriquecedor de la polémica, es el escrito por Leff en el año 2011, bien contemporáneo y actualizado a la par de la ciencia sociológica. En un primer momento hace una crítica con sólido argumentos de las características primarias de la Sociología y que la convirtieron en una ciencia positivista, estructuralista, institucionalizada y poco subjetiva. O sea, una ciencia social centrada más en el estudio de las estructuras que de los procesos, predominando el análisis objetivo y empírico que dejaron a un lado razonamientos más subjetivos. Sin embargo, se refiere a la crisis ambiental como un fenómeno que contribuyó al despertar de la ciencia sociológica y reformadora de su epistemología, capaz de pensar en la realidad actual proyectada en el futuro⁵. En ambos textos Leff hace referencia y define el término de racionalidad ambiental, aquí ya lo aconseja o lo define como un reto para la sociología ambiental, como un desafío al programa existente y que pueda guiarse como modelo a seguir. En otro momento se refiere al cambio que debe dar la Sociología, la reinvención de su objeto de estudio y de su epistemología, más allá de insertar en ella el problema ambiental. Es pensar, investigar, crear y transformar teniendo como base un pensamiento racional y sustentable. La Sociología ambiental –según Leff-, tiene el desafío y la tarea de conducir a una nueva racionalidad social, que rebase clases y grupos sociales, que se abra a la diversidad cultural y a la multiplicidad de racionalidades existentes, que conduzca al cambio y a una nueva

comprensión del mundo, menos homogeneizante, individualista y explotadora.

También se refiere a la impronta que están imponiendo en la actualidad las diferentes culturas y organizaciones sociales. Los nuevos movimientos sociales ambientalistas defienden ir más allá de incluir la perspectiva ecológica en las políticas públicas o en las estructuras de gobierno, sino que abogan por que esos principios de sustentabilidad estén marcados por el respeto a los derechos humanos, así como los disímiles significados y motivaciones de las diferentes culturas, impulsando acciones locales y descentralizadas. Sobre cómo se desarrolla este proceso, apunta Leff:

“(...) Los pueblos indígenas se ven impulsados no sólo hacia la resistencia, sino hacia la reinención de sus identidades y la actualización de sus prácticas productivas. Acosados por la imposición de un modelo de reconversión ecológica de la globalización económica, diseñan sus propias estrategias de sustentabilidad para reapropiarse de sus recursos naturales y de sus territorios de vida desde sus propias identidades culturales” (Leff, 2011:36).

Pero, a diferencia de *“Ecología y capital....”*, en este texto Leff sí defiende la labor de la investigación sociológica en la tarea de discernir el impacto sociocultural de los procesos ambientales que tienen lugar, y el surgimiento de actores y movimientos sociales que se enfrentan a la racionalidad económica y proponen estrategias de sustentabilidad autóctonas. Aunque en muchas ocasiones se muestra pesimista y negativo al valorar el papel que ha desempeñado la Sociología ante la situación ambiental, considera fundamental el análisis que esta puede ofrecer:

“(...) la imaginación sociológica (...) es la voluntad de poder saber —a través de las estrategias de los poderes mundiales que determinan las condiciones de sustentabilidad del planeta, de la cultura, de los imaginarios y los mundos de vida de la gente— cómo construir un futuro sustentable” (Leff, 2011:38).

Sin embargo hay un artículo de Mercedes Pardo que, aunque tiene similitudes con este último analizado, profundiza en aquellos paradigmas y enfoques teóricos que han desarrollado la Sociología Ambiental, y de ellas estudia críticamente sus aportes, debilidades, fortalezas y contradicciones. El mismo fue escrito a más de 10 años de *“Ecología y capital...”* y 10 años antes de *“Sustentabilidad y racionalidad ambiental...”*, como una especie de reivindicación de la Sociología ante el desconocimiento de estudios primarios y más filosóficos y como antesala o base de futuros perfeccionamientos al objeto y métodos de estudio. Dicho artículo se titula *“Sociología y medioambiente: estado de la cuestión”*, escrito en 1998 y publicado en esa ocasión por la Revista Internacional de Sociología.

Pardo, al igual que Leff, también se refiere a la necesidad de la construcción de un nuevo paradigma relacional entre Sociología y Medio Ambiente, demandando un reposicionamiento de las relaciones históricas entre naturaleza y sociedad. Al igual que Leff, esta reconoce el despertar tardío de esta disciplina en el abordaje de la relación objeto de análisis, de hecho, fue una de las ciencias sociales más rezagadas y que en sus teorías clásicas e iniciales, poco —o casi nada—, pudieron aportar a este debate. Además, coinciden en que surge en la década de los 70 del siglo XX.

Pardo inicia el recorrido con la *Teoría Sociológica Clásica* (pasando por Marx y Engels, la Ecología Humana con Park y

Duncan y por último Parsons). Les sigue las *Teorías Sociales Medioambientales Contemporáneas* que, a diferencia de las anteriores, dan una importante base a la bibliografía sociológica y da inicios a la Sociología Ambiental; en este acápite trata el enfoque de la *Modernización Ecológica* en el que se aprecia cierta relación con los estudios de Leff sobre la racionalidad económica, sobre todo porque en ambos se reconoce la necesidad de una mayor introducción de los temas medioambientales en los procesos de producción, no obstante, en la *Modernización Ecológica* son mucho menos críticos y más restringidos a las sociedades occidentales industrializadas. Luego analiza la *Economía Política del Medio ambiente*, también censores del sistema de producción capitalista pero en esta ocasión mucho más directos a la hora de denunciar su culpabilidad como causantes de muchos de los desastres medioambientales.

También es analizada por Pardo la perspectiva de los *Valores y Acción Social Medioambiental* que, aunque queriendo salvar sus aportes a una mirada más subjetiva de los problemas ambientales y el papel de los valores y la conciencia social, son muchas las limitaciones de este enfoque dada su falta de contextualización en las propuestas, asociaciones, razonamientos a veces muy polarizados u omisión de argumentos. Si bien salva a la Sociología de lógicas en extremo materialistas, no se apoya en técnicas y métodos de investigación más cualitativos que lo respalden.

Otro de los enfoques bien vistos ha sido el de las *Líneas de Análisis de Impactos de los Cambios Medioambientales*, el cual tiene un fuerte impacto en los estudios sociológicos dado el carácter integrador de los planteamientos, donde no solo se tienen en

cuenta la creación de políticas o leyes para la protección ambiental, sino que aboga por prestar atención a que estas proposiciones no sean igualitarias ni descontextualizadas, defiende que se tomen medidas en función de que todos los estratos sociales, grupos etarios y étnicos se vean protegidos ante los desastres naturales y no siempre las mujeres, los negros y los pobres sean los perjudicados. Esto es tener una visión más completa de la perspectiva ambiental en las investigaciones sociológicas, donde los factores culturales sean bien valorados y no supeditados por beneficios económicos.

Por último, y no menos importante, se abordan los campos de *Interacción Sistema Social/Ecosistemas Biofísicos*, preocupados algunos por las causas que generan los problemas medioambientales y, por otro, los impactos en los sistemas sociales. Aquí también son tenidos en cuenta indicadores culturales como posibles desencadenantes, aunque falta mucho camino por recorrer en este aspecto tanto las referencias teóricas como empíricas. Y es precisamente al entrar en el debate de la biodiversidad donde los sociólogos han mostrado gran interés por esta dimensión, sobre todo en la defensa de la importancia de la diversidad cultural para el mantenimiento de la diversidad biofísica; así se expone:

“(...) Esta perspectiva es tremendamente importante ya que, la construcción social dominante de la biodiversidad ha resaltado precisamente el peligro de disminución de esa diversidad e incluso de extinción de especies, y en cambio no ha puesto en cuestión la disminución e incluso extensión de la diversidad cultural. Esa desconexión, además de indicar un modelo social reaccionario, ha hecho fracasar las políticas de protección de especies al

desconectarla de su interconexión con las sociedades" (Pardo, 1998:27-28).

En estas definiciones también entra el desarrollo sostenible, concepto más actual que desde los años 80 viene reclamando el lugar de lo social dentro de los temas ambientales, aun cuando en sus primeros análisis se refiriera a temas ecológicos o económicos. Su aparición luego emparentada con el concepto de desarrollo humano demuestra que la cultura explica las distintas pautas de cambio, convirtiéndola en un factor esencial de la sostenibilidad. Los estilos de vida, los valores y los patrones de comportamiento que se promuevan hoy, determinarán los recursos a dejar como herencia para las generaciones futuras. O sea, los factores culturales y sociales propios del contexto, así como la participación de la comunidad en los planes que se proyecten, suscitarán o no el logro de un desarrollo sostenible.

Por otro lado, en ocasiones Pardo se refiere a la Sociología del Medioambiente y no a la Sociología Ambiental —aunque usa los términos indistintamente—, tema que también trata Leff en su artículo y así lo critica: *"(...) en su corriente dominante, la sociología ambiental sigue siendo una sociología del ambiente —una sociología aplicada a los problemas ambientales—, más que sociología ambiental, en el sentido de una renovación del pensamiento sociológico y su paradigma teórico inducido por el concepto crítico de ambiente"* (Leff, 2011:17). Muchas de estas referencias se deben a la pauta marcada por esta disciplina en España, pionera en su institucionalización⁶.

En general, en todo el recorrido trazado, se aprecia el carácter holístico de las propuestas, propio de la Sociología. Se evidencian teorías

que, teniendo como base la problemática medioambiental y su relación con la sociedad, van desde abordajes más económicos hasta planteamientos filosóficos, políticos, históricos, otros más biologicistas o más sociales, hasta aquellos que se declaran basados en la transversalidad del enfoque de género.

Se puede decir que las investigaciones y teorías sociológicas que abordan la cuestión medioambiental no han sido pocas, pero los estudios demuestran que todavía son insuficientes. Evidentemente, no fue una problemática marcada desde el surgimiento de esta ciencia social, ni mucho menos un eje transversal abordado en la mayoría de los proyectos, políticas o experiencias de transformación. La crisis económica mundial y el deterioro de la situación ambiental de los años 70 marcaron un punto de ascenso en las preocupaciones al respecto, reconsiderando esta dimensión como un eje central del desarrollo y un punto cuestionable en todo proyecto o modelo socioeconómico que anhelara su sostenibilidad.

La Sociología permite determinar o identificar la posible multicausalidad de los procesos, no solo por factores culturales, sino económicos, ambientales, demográficos, comunicativos, políticos, etc. Y todo ello desde un enfoque participativo, incorporando al individuo como actor del desarrollo que es, no como un ser acrítico mediado o determinado por las condiciones ambientales y relaciones de mercado. Por tanto, esta disciplina, al igual que otras ciencias como la biología, la etnología y la arqueología participa en la reconstrucción histórica de las relaciones entre naturaleza y sociedad.

Habría que profundizar mucho más en la temática cultural, un poco desatendida en la rama de la Sociología Ambiental, situación no

privativa de esta, también menospreciada en otros campos de la Sociología, ciencias sociales y exactas en general. Incluso, un mayor estudio y abordaje empírico de la cuestión cultural podría proponer estrategias y soluciones factibles para problemas medioambientales.

Notas:

¹ Ver "Nuestro Futuro Común", *Informe Brundtland* (1987), resultado de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y Desarrollo establecida en 1984 por la Asamblea General de la ONU.

² La inclusión del tema de la cultura en este trabajo no tiene el objetivo de analizar el concepto y las diferentes definiciones que del mismo se han elaborado, sino mostrar algunos enfoques de su tratamiento en relación con el medio ambiente y otras temas relevantes próximos a este. No obstante, se presenta su comprensión como fenómeno más allá de la producción intelectual y las artes; se concibe como un conjunto de rasgos materiales y espirituales que caracterizan a sociedades, grupos sociales e individuos, así como los significados y los valores que surgen en sus interrelaciones. Comprende las tradiciones y prácticas a través de las cuales estos significados se expresan.

³ Ver PNUD: *Informe sobre desarrollo humano 2004: La libertad cultural en el mundo diverso de hoy*, Mundi-Prensa, Madrid, 2004.

⁴ "(...) *Análisis de las condiciones ecológicas, tecnológicas, económicas y culturales, que hagan factible el aprovechamiento y la transformación de los recursos naturales, preservando y maximizando el potencial productivo de los ecosistemas, minimizando la sobreexplotación y agotamiento de los recursos naturales, así como la descarga y acumulación en el ambiente de subproductividad, residuos y desechos de los procesos de producción y consumo*" (Leff, 1986:105).

⁵ Ver Leff, Enrique: "Sustentabilidad y racionalidad ambiental: hacia "otro" programa de sociología ambiental" en Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, *Revista Mexicana de Sociología* 73, No.1 (enero-marzo 2011), D.F., México, pp. 5-46, p.10.

⁶ En España, en el seno del Colegio Oficial de Políticas y Sociología, se creó una comisión de

Sociología del Medioambiente en el año 1990, por primera vez se organizó un grupo específico de Sociología del Medioambiente en el Congreso Estatal de Sociología de 1995 en Granada, y se creó un grupo de investigación en la Federación Española de Sociología en 1996, que a su vez ha dado lugar a una Red de Sociólogos del Medioambiente en España (Pardo, 1998:31).

Bibliografía:

- Eagleton, T. (2001). Cultura y naturaleza. En T. Eagleton, *La idea de cultura: una mirada política sobre conflictos culturales* (Vol. 16, pps. 131-165). España: Paidós, Biblioteca del presente.
- Flores, T. (abril-junio de 2002). Comunicación para el Desarrollo Sostenible de Latinoamérica. (PCLA, Ed.) 3(3), Obtenido de: <http://www2.metodista.br/unesco/PCLA/revista11/artigos%20011-2.htm>.
- Giglo, N. (2006). *Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina un cuarto de siglo después*. Serie Medio Ambiente y Desarrollo, Naciones Unidas, División de Desarrollo Sostenible y Asentamientos Humanos, Santiago de Chile.
- Hernández, M. (2009). Apuntes sobre la cultura ambiental y su pertinencia en las investigaciones sociales en Cuba. *Revista Medio ambiente y sociedad*, 124-142.
- Leff, E. (1986). *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*. México: Siglo 21 Editores.
- Leff, E. Sustentabilidad y racionalidad ambiental: hacia "otro" programa de sociología ambiental. *Revista mexicana de sociología*, 73(1), 5-46. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales.
- Pardo, M. (1998). Sociología y medioambiente: estado de la cuestión. *Revista Internacional de Sociología (RIS)* (19-20:329-367).
- Parra, A. R. (s.f.). Ética, cultura y medio ambiente. Obtenido de <http://www.monografias.com/trabajos80/etica-cultura-medio-ambiente/etica-cultura-medio-ambiente.shtml>.

- PNUD. (1998). *Informe sobre desarrollo humano 1998. "Cambiar las pautas actuales de consumo para el desarrollo humano del futuro"*. PNUD. Madrid: Mundi-Prensa.
- _____. (2004). *Informe sobre desarrollo humano 2004. "Libertad cultural en el mundo diverso de hoy"*. Madrid: Mundi-Prensa.
- _____. (2006). *Informe sobre Desarrollo Humano 2006. "Más allá de la escasez: Poder, pobreza y la crisis mundial del agua"*. Madrid: Mundi-Prensa.
- _____. (2008). *Informe sobre Desarrollo Humano 2007-2008. "La lucha contra el cambio climático: Solidaridad frente a un mundo dividido"*. Madrid: Mundi-Prensa.
- _____. (2010). *Cumplir los compromisos. El PNUD en acción 2009/2010*. PNUD, New York.
- Santisteban, F. S. (6 de mayo de 2005). Cultura y medioambiente. Obtenido de: <http://www.paginadigital.com.ar/articulos/2005/2005prim/educacion4/cultura-medioambiente-060505.asp>.
- Unidas, N. (1987). *Nuestro futuro común*. Naciones Unidas, Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo.